

JEAN LAPLANCHE Y
JEAN-BERTRAND PONTALIS

DICCIONARIO DE
PSICOANÁLISIS



BAJO LA DIRECCIÓN DE
DANIEL LAGACHE

PAIDÓS

Jean Laplanche
Jean-Bertrand Pontalis

DICCIONARIO DE PSICOANÁLISIS

Bajo la dirección de Daniel Lagache

PAIDÓS

Título original: *Vocabulaire de la Psychanalyse*, de Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis
Publicado en francés por Presses Universitaires de France, París

1.^a edición, 1996

1.^a edición de esta presentación, septiembre de 2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Presses Universitaires de France, París, 1967

© de la traducción, Fernando Gimeno Cervantes, 1996

© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2023

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4128-1

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 12.680-2023

Impresión y encuadernación en Limpergraf

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

Prólogo a la edición española	7
Razones e historia de esta obra	9
Prólogo de la edición francesa	13
Referencias y abreviaturas bibliográficas	17
<i>Diccionario de psicoanálisis</i>	23
Bibliografía	515
Agradecimientos	577
Índice de voces alemanas	579
Índice alfabético	585

ABREACCIÓN

= *Al.*: Abreagieren. — *Fr.*: abréaction. — *Ing.*: abreaction. — *It.*: abreazione. — *Por.*: ab-reação.

Descarga emocional, por medio de la cual un individuo se libera del afecto* ligado al recuerdo de un acontecimiento traumático, lo que evita que este se convierta en patógeno o siga siéndolo. La abreacción puede ser provocada en el curso de la psicoterapia, especialmente bajo hipnosis, dando lugar a una catarsis; pero también puede producirse de forma espontánea, separada del trauma inicial por un intervalo más o menos prolongado.

El concepto de abreacción solo puede comprenderse recurriendo a la teoría de Freud acerca de la génesis del síntoma histérico, tal como la expuso en *El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos* (*Über den psychischen Mechanismus hysterischer Phänomene*, 1893) (1 *a*) (α). La persistencia del afecto ligado a un recuerdo depende de varios factores: el más importante de ellos es la forma como el sujeto reacciona frente a un determinado acontecimiento. Esta *reacción* puede consistir en reflejos voluntarios o involuntarios, y abarcar desde el llanto hasta la venganza. Si tal reacción es lo suficientemente intensa, gran parte del afecto ligado al acontecimiento desaparece. Si esta reacción es reprimida (*unterdrückt*), el afecto persiste ligado al recuerdo.

Así pues, la abreacción constituye el mecanismo normal que permite al individuo reaccionar frente a un acontecimiento y evitar que este conserve un quantum de afecto* demasiado importante. Con todo, para que esta reacción posea un efecto catártico, es preciso que sea «adecuada».

La abreacción puede ser espontánea, es decir, seguir al acontecimiento con un intervalo lo bastante breve como para impedir que su recuerdo se halle cargado de un afecto lo suficientemente intenso para convertirse en patógeno. Pero también puede ser secundaria, provocada por la psicoterapia catártica, que permite al enfermo recordar y objetivar verbalmente el acontecimiento traumático y liberarlo así del quantum de afecto que lo convertía en patógeno. En efecto, Freud señaló ya en 1895: «El hombre encuentra en el lenguaje un sustitutivo de la acción, mediante el cual el afecto puede ser *derivado por abreacción* casi en idéntica forma» (1 *b*).

Pero la abreacción masiva no es la única forma en que un individuo puede liberarse del recuerdo de un hecho traumático: el recuerdo puede ser también integrado en una serie asociativa que permita la corrección del acontecimiento, su reinstalación en el lugar correspondiente. Desde los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*), Freud describe a veces como proceso de abreacción una auténtica labor de rememoración y elaboración psíquica, mediante la cual el mismo afecto es reavivado de modo paralelo al recuerdo de los diferentes acontecimientos que lo suscitaron (1 c).

La falta de abreacción determina que ciertos grupos de representaciones, que se hallan en el origen de los síntomas neuróticos, subsistan en estado inconsciente y aislados del curso normal del pensamiento: «Las representaciones que se han vuelto patógenas conservan su actividad por el hecho de no hallarse sometidas al desgaste normal por la abreacción, y por la imposibilidad de su reproducción en los estados asociativos libres» (1 d).

Breuer y Freud distinguieron las diversas clases de condiciones que impiden al individuo abreaccionar. Algunas de ellas dependerían, no de la naturaleza del acontecimiento en sí, sino del estado psíquico en que se hallaba el sujeto en el momento de producirse aquel: susto, autohipnosis, estado hipnoide*; otras van ligadas a circunstancias, generalmente de tipo social, que obligan al individuo a contener sus reacciones. Finalmente, puede tratarse de un acontecimiento que «[...] el enfermo quiso olvidar y que rechazó, inhibió, suprimió intencionadamente, alejándose de su pensamiento consciente» (1 e). Estas tres clases de condiciones definen los tres tipos de histeria: hipnoide*, de retención* y de defensa*. Como es sabido, Freud, después de la publicación de los *Estudios sobre la histeria*, solo conservó esta última forma.

El acento puesto exclusivamente en la abreacción para la eficacia de la psicoterapia caracteriza el período denominado del método catártico. Con todo, este concepto sigue estando presente en la teoría de la cura psicoanalítica, por razones de hecho (presencia en toda cura, en diversos grados según los tipos de pacientes, de manifestaciones de descarga emocional) y de fondo, en la medida en que toda teoría de la cura toma en consideración no solo el *recuerdo* sino también la *repetición*. Conceptos tales como los de transferencia*, trabajo elaborativo*, actuar*, implican una referencia a la teoría de la abreacción, al tiempo que conducen a concepciones de la cura más complejas que las de la pura y simple liquidación del afecto traumatizante.

(α) Al parecer, el neologismo *abreagieren* fue creado por Breuer y Freud a partir del verbo *reagieren*, utilizado en su forma transitiva, y el prefijo *ab*, que posee diversas significaciones, en especial, distancia en el tiempo, separación, disminución, supresión, etcétera.

ABSTINENCIA (REGLA DE LA —, PRINCIPIO DE LA —)

= *Al.*: Abstinenz (Grundsatz der). — *Fr.*: abstinence (règle d'). — *Ing.*: abstinence (rule of). — *It.*: astinenza (regola di). — *Por.*: abstinência (regra de).

Principio según el cual la cura analítica debe ser dirigida de tal forma que el paciente encuentre el mínimo posible de satisfacciones sustitutivas de sus síntomas. Para el analista, ello implica la norma de no satisfacer las demandas del paciente ni desempeñar los papeles que este tiende a imponerle. El principio de la abstinencia puede, en algunos casos y en ciertos momentos de la cura, concretarse en consignas relativas a los comportamientos repetitivos del paciente que entorpecen la labor de rememoración y elaboración.

La justificación de este principio es de tipo fundamentalmente económico. El analista debe evitar que las cantidades de libido liberadas por la cura se recateticen de modo inmediato sobre objetos externos; en lo posible deben ser transferidas a la situación analítica. La energía libidinal se encuentra ligada por la transferencia, y se rechaza toda posibilidad de descarga distinta a la expresión verbal.

Desde el punto de vista dinámico, el *poder* de la cura se basa en la existencia de un sufrimiento por frustración; pero este último tiende a disminuir a medida que los síntomas ceden su puesto a comportamientos sustitutivos más satisfactorios. Por consiguiente, resulta importante mantener o restablecer la frustración para evitar la paralización de la cura.

La noción de abstinencia se halla implícitamente ligada al principio mismo del método analítico, en tanto que este convierte en acto fundamental la interpretación, en lugar de satisfacer las exigencias libidinales del paciente. Por ello, no debe sorprender que sea a propósito de una demanda particularmente imperiosa, la inherente al amor de transferencia, que Freud aborda con claridad, en 1915, la cuestión de la abstinencia: «Debo establecer el principio de que es preciso, en los enfermos, mantener las necesidades y aspiraciones como fuerzas que impulsan al trabajo y al cambio, y evitar que sean acalladas por sustitutivos» (1).

Con Ferenczi, los problemas técnicos planteados por la observancia del principio de la abstinencia pasaron al primer plano de las discusiones analíticas. Ferenczi preconizaba en ciertos casos medidas encaminadas a hostigar las satisfacciones sustitutivas halladas por el paciente en la cura o aparte de esta. Freud, en su alocución final al Congreso de Budapest (1918) aprobó, en principio, estas medidas y dio una justificación teórica de las mismas: «Por cruel que ello pueda parecer, hemos de procurar que el sufrimiento del paciente no desaparezca prematuramente en forma marcada. Cuando, por haberse disipado y perdido su valor los síntomas, se ha atenuado este sufrimiento estamos obligados a recrearlo en otro punto en forma de una privación penosa» (2).

Para esclarecer la discusión, siempre actual, en torno al concepto de abstinencia, parece interesante distinguir claramente entre, por una parte, la absti-

nencia como principio y regla del analista (simple consecuencia de su neutralidad) y, por otra, las medidas activas por medio de las cuales se pide al paciente que él mismo se mantenga en un cierto estado de abstinencia. Tales medidas abarcan desde las interpretaciones cuyo carácter insistente puede equivaler a una orden, hasta las prohibiciones formales. Estas, si bien no se dirigen a prohibir al paciente toda relación sexual, afectan por lo general a ciertas actividades sexuales (perversiones) o a ciertas actuaciones de carácter repetitivo que parecen paralizar la labor analítica. Pero la mayor parte de los analistas se muestran muy reservados en cuanto a recurrir a tales medidas activas, subrayando especialmente el hecho de que el analista corre entonces el peligro de justificar su asimilación a una autoridad represora.

ACCIÓN ESPECÍFICA

= *Al.*: Spezifische Aktion. — *Fr.*: action spécifique. — *Ing.*: specific action. — *It.*: azione specifica. — *Por.*: ação específica.

Término utilizado por Freud en algunos de sus primeros trabajos, para designar el conjunto del proceso necesario para la resolución de la tensión interna creada por la necesidad: intervención externa adecuada y conjunto de reacciones preformadas del organismo que permiten la consumación del acta.

Freud utiliza el concepto de acción específica, sobre todo en su *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895): el principio de inercia*, del cual Freud postula que regula el funcionamiento del aparato neuronal, se complica desde el momento en que intervienen las excitaciones endógenas. En efecto, el organismo no puede escapar a ellas. Puede descargarlas de dos modos:

a) de un modo inmediato, por medio de reacciones inespecíficas (manifestaciones emocionales, gritos, etcétera), que constituyen una respuesta inadecuada, y las excitaciones continúan afluyendo;

b) de forma específica, que es la única que permite una resolución duradera de la tensión. Freud proporcionó el esquema de este proceso, haciendo intervenir especialmente la noción de umbral, en *Sobre la justificación de separar de la neurastenia cierto complejo de síntomas denominado «neurosis de angustia»* (*Über die Berechtigung, von der Neurasthenie einen bestimmten Symptomenkomplex als «Angstneurose» abzutrennen*, 1895) (1 a).

Para que se realice la acción específica o adecuada, es indispensable la presencia de un objeto específico y de una serie de condiciones externas (aporte de alimento en el caso del hambre). Para el lactante, debido a su desamparo original (véase: Desamparo), la ayuda exterior se convierte en la condición previa indispensable para la satisfacción de la necesidad. Con el nombre de acción específica, Freud (5) designa tanto el conjunto de los actos reflejos mediante los cuales se consuma el acto, como la intervención exterior, e incluso los dos tiempos.

Esta acción específica se presupone en el caso de la experiencia de satisfacción.

La concepción freudiana de la acción específica podría interpretarse como un esbozo de una teoría del instinto* (α). ¿Cómo armonizarla con la concepción de la pulsión sexual, tal como se deduce de la obra de Freud? El planteamiento del problema evolucionó en el propio Freud durante los años 1895 a 1905:

En el *Proyecto de psicología científica*, la sexualidad se clasifica entre las «grandes necesidades» (2); exige, al igual que el hambre, una acción específica (véase: Pulsiones de autoconservación).

Se observará que en 1895 Freud no había descubierto todavía la sexualidad infantil. En esta época de la utilización del término «acción específica» se deduce una analogía entre el acto sexual del adulto y la satisfacción del hambre.

En el artículo anteriormente citado, contemporáneo del *Proyecto*, la acción específica necesaria para la satisfacción sexual se describe refiriéndose al adulto. Ahora bien, junto a los elementos de comportamiento que constituyen un tipo de dispositivo orgánico, Freud introduce condiciones «psíquicas» de origen histórico, subordinadas a lo que llama elaboración de la libido psíquica (1 b).

La perspectiva cambia con el descubrimiento de la sexualidad infantil (véase: Sexualidad): Freud critica en lo sucesivo la concepción que define la sexualidad humana por el acto sexual adulto, comportamiento que sería invariable en su desarrollo, su objeto y su fin. «La opinión popular tiene ideas fijas sobre la naturaleza y características de la pulsión sexual. Esta no existiría durante la infancia, aparecería durante la pubertad, en estrecha relación con el proceso de maduración, se manifestaría en forma de una atracción irresistible ejercida por un sexo sobre el otro, y su fin sería la unión sexual, o por lo menos los actos conducentes a dicho fin.» (3).

En los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) Freud pone de manifiesto cómo, en el funcionamiento de la sexualidad del niño, las condiciones orgánicas capaces de proporcionar un placer sexual son poco específicas. Si puede decirse que se especifican rápidamente es debido a factores de tipo histórico. En definitiva, en el adulto, las condiciones de la satisfacción sexual pueden estar muy determinadas para un individuo en particular, como si el hombre alcanzase, a través de su historia, un comportamiento que puede asemejarse a un dispositivo instintivo. Esta apariencia se halla en la base de la «opinión popular» que Freud citaba anteriormente.

(α) Desde este punto de vista, podría establecerse una aproximación entre la teoría freudiana de la acción específica y el análisis del proceso instintivo efectuado por la psicología animal contemporánea (escuela etológica).

ACTING OUT

Término utilizado en psicoanálisis para designar acciones que presentan casi siempre un carácter impulsivo relativamente aislable en el curso de sus actividades, en contraste relativo con los sistemas de motivación habituales del individuo, y que adoptan a menudo una forma auto- o heteroagresiva. En el surgimiento del *acting out* el psicoanalista ve la señal de la emergencia de lo reprimido. Cuando aparece en el curso de un análisis (ya sea durante la sesión o fuera de ella), el *acting out* debe comprenderse en su conexión con la transferencia y, a menudo, como una tentativa de desconocer radicalmente esta.

El término inglés *acting out* ha sido adoptado por los psicoanalistas de otras lenguas, lo que plantea inmediatamente algunos problemas terminológicos:

1.º Dado que lo que Freud denomina *agieren* se traduce en inglés por *to act out* (forma sustantiva: *acting out*) este término incluye toda la ambigüedad de lo que Freud designa de este modo (véase: Actuar). Así, el artículo *acting out* del *Diccionario general de términos psicológicos y psicoanalíticos* de English y English da la siguiente definición: «Manifestación, en una situación nueva, de un comportamiento intencional apropiado a una situación más antigua, representando la primera simbólicamente a la segunda. Cf. *Transfert*, que es una forma de *acting out*».

2.º La anterior definición se halla en contradicción con la acepción generalmente admitida del *acting out*, que diferencia e incluso contrapone el terreno de la transferencia y el recurso al *acting out*, viendo en este último un intento de ruptura de la relación analítica.

3.º Haremos algunas observaciones acerca del verbo inglés *to act out*:

To act, utilizado en su forma transitiva, está impregnado de significaciones pertenecientes al ámbito teatral: *to act a play* = representar una obra; *to act a part* = representar un papel, etcétera. Lo mismo puede decirse del verbo transitivo *to act out*.

La palabra *out* situada detrás del verbo contiene dos matices: exteriorizar, mostrar fuera lo que se supone que se tiene dentro de sí; y, también, realizar rápidamente, hasta la terminación de la acción (matiz que se encuentra en expresiones tales como *to carry out* = llevar a cabo; *to sell out* = vender todas las existencias, etcétera).

El sentido original, solo espacial, de la palabra *out* ha podido inducir a algunos psicoanalistas, erróneamente, a entender *acting out* como un acto realizado fuera de la sesión analítica y a contraponerlo a un *acting in*, que tendría lugar en el curso de la sesión. Para expresar esta oposición conviene hablar de *acting out outside of psychoanalysis* y de *acting out inside of psychoanalysis* o *in the analytic situation*.

4.º En francés y en español, parece difícil hallar una expresión que proporcione todos los matices señalados (se han propuesto *actuar*, *actuación*). El término «paso al acto», que es el equivalente más a menudo conservado, tiene, entre

otros, el inconveniente de haber entrado ya en la clínica psiquiátrica, donde se tiende a reservarlo en forma exclusiva para designar actos impulsivos violentos, agresivos, delictivos (crimen, suicidio, atentado sexual, etcétera); el sujeto *pasa* de una representación, de una tendencia, al acto propiamente dicho. Por otra parte, en su utilización clínica, este término no hace referencia a una situación transferencial.

Desde el punto de vista descriptivo, la diversidad de actos que de ordinario se clasifican bajo el título de *acting out* es muy amplia, incluyendo lo que la clínica psiquiátrica denomina «paso al acto» (*véase más atrás*), pero también formas mucho más discretas, a condición de que en ellas se encuentre también este carácter impulsivo, mal motivado a los propios ojos del sujeto, en contraste con su comportamiento habitual, incluso aunque la acción en cuestión sea secundariamente racionalizada; estos caracteres señalan para el psicoanalista el retorno de lo reprimido. También pueden considerarse como *acting out* algunos accidentes ocurridos al individuo, sintiéndose este ajeno a su producción. Tal ampliación de sentido plantea evidentemente el problema de la delimitación del concepto de *acting out*, relativamente impreciso y variable según los autores, relacionándolo con otros conceptos creados por Freud, en especial el de acto fallido y los llamados fenómenos de repetición (α). El acto fallido es también concreto, aislado, si bien, al menos en sus formas más típicas, resulta patente su carácter de *transacción*; por el contrario, en los fenómenos de repetición vivida (por ejemplo, «compulsión de destino»), los contenidos reprimidos retoman, a menudo con gran fidelidad, en un guion del cual el sujeto no se reconoce como el autor.

Una de las aportaciones del psicoanálisis ha consistido en relacionar la aparición de un determinado acto impulsivo con la dinámica de la cura y la transferencia. Es esta una vía claramente indicada por Freud, quien subrayó la tendencia de algunos pacientes a «llevar a la acción» (*agieren*) fuera del análisis las *mociones pulsionales* develadas por este. Pero, dado que, como es sabido, Freud describe también la transferencia sobre la persona del analista como una forma de «llevar a la acción», de ello se deduce que no diferenció claramente ni articuló unos con otros los fenómenos de repetición en la transferencia y los del *acting out*. La distinción que introdujo parece responder a preocupaciones primordialmente técnicas, en el sentido de que el individuo que lleva a la acción los conflictos fuera de la cura sería menos accesible a la toma de conciencia de su carácter repetitivo, y capaz, fuera de todo control y de toda interpretación del analista, de satisfacer hasta el final, hasta el acto completo, sus pulsiones reprimidas: «En modo alguno es deseable que el paciente, fuera de la transferencia, *lleve a la acción* (*agiert*) en lugar de recordar; lo ideal, para nuestra finalidad, sería que se comportase lo más normalmente posible fuera del tratamiento y que solo manifestase sus reacciones anormales dentro de la transferencia» (1).

Una de las tareas del psicoanálisis sería la de intentar basar la distinción entre transferencia y *acting out* en criterios diferentes a los puramente técnicos o meramente espaciales (lo que ocurre en el despacho del analista o fuera del mismo); esto supondría, sobre todo, una nueva reflexión sobre los conceptos de acción, de actualización y sobre lo que define los diferentes modos de comunicación.

Solo después de haber esclarecido en forma teórica las relaciones entre el *acting out* y la transferencia analítica se podría investigar si las estructuras descubiertas son extrapolables fuera de toda referencia a la cura, es decir, preguntarse si los actos impulsivos de la vida cotidiana no podrían explicarse en conexión con relaciones de tipo transferencial.

(α) Es necesaria tal delimitación si se quiere conservar una especificidad para este concepto, y no diluirlo en una concepción de conjunto que haga aparecer la relación más o menos estrecha de toda empresa humana con los fantasmas inconscientes.

ACTIVIDAD-PASIVIDAD

= *Al.*: Aktivität - Passivität. — *Fr.*: activité - passivité. — *Ing.*: activity - passivity. — *It.*: attività - passività. — *Por.*: atividade - passividade.

Uno de los pares de *antitéticos* fundamentales en la vida psíquica. Especifica determinados tipos de fines* pulsionales. Desde un punto de vista genético, la oposición activo-pasivo figuraría en primer lugar con respecto a oposiciones posteriores en las cuales viene a integrarse aquella: fálico-castrado y masculino-femenino.

Si bien actividad y pasividad califican principalmente, según Freud, las modalidades de la vida pulsional, ello no presupone que puedan oponerse pulsiones activas a pulsiones pasivas. Por el contrario, Freud subrayó, especialmente en su polémica con Adler (*véase*: Pulsión agresiva), que la pulsión es por definición activa: «[...] cada pulsión es un fragmento de actividad; cuando se habla en forma descuidada de pulsiones pasivas, solo puede referirse a pulsiones con un fin pasivo» (1 a).

Esta pasividad del fin la observan los psicoanalistas en aquellos ejemplos privilegiados en que el individuo quiere ser maltratado (masoquismo) o visto (exhibicionismo). ¿Qué debe entenderse aquí por pasividad? Es preciso distinguir dos niveles: por una parte, el comportamiento manifiesto; por otra, las fantasías subyacentes. En cuanto al comportamiento, es cierto que el masoquista, por ejemplo, responde a la exigencia pulsional mediante una actividad encaminada a situarlo en condiciones de satisfacción. Pero la última fase de su comportamiento solo se alcanza si el individuo puede hallarse en una posición que lo ponga a merced del otro. A nivel de las fantasías, es posible mostrar cómo toda posición pasiva es inseparable de su contraria; así, en el masoquismo, «[...]

el yo pasivo se sitúa de nuevo en la fantasía, en el lugar [...] que es ahora cedido al sujeto ajeno» (1 b). En este sentido, se encontraría siempre, a nivel de fantasía, la presencia simultánea o alternativa de los dos términos: «actividad» y «pasividad». Con todo, tanto en la naturaleza de la satisfacción buscada como en la posición fantasiosa, esta complementariedad no debe hacernos perder de vista lo que puede haber de irreductible en la fijación a un papel sexual activo o pasivo.

Por lo que respecta al desarrollo del sujeto, Freud atribuye un gran papel a la oposición actividad-pasividad, que precede a los otros *pares antitéticos*: fállico-castrado y masculinidad-feminidad. Según Freud, es en la fase anal cuando «[...] aparece claramente la oposición que se encuentra de un modo general en la vida sexual [...] el elemento activo está constituido por la *pulsión de apoderamiento*, la cual está ligada a la musculatura; el órgano cuyo fin sexual es pasivo será representado por la mucosa intestinal erógena» (2). Esto no implica que, en la fase oral, no coexistan actividad y pasividad, sino que estas todavía no se han erigido en términos antagonistas.

Ruth Mack Brunswick, describiendo *La fase preedípica de la evolución de la libido* (*The Preoedipal Phase of the Libido Development*, 1940), dice: «A lo largo de todo el período de desarrollo de la libido existen tres grandes pares antitéticos, mezclándose, imbricándose, combinándose sin jamás coincidir totalmente, para finalmente sustituirse el uno al otro; la vida del lactante y del niño pequeño se caracteriza por los dos primeros, y la del adolescente por el tercero» (3 a). La autora muestra cómo el niño empieza siendo totalmente pasivo en su relación con una madre que satisface sus necesidades y cómo, progresivamente, «[...] cada fragmento de actividad se basa en cierta medida en una identificación con la madre activa» (3 b).

ACTO FALLIDO

= *Al.*: Fehlleistung. — *Fr.*: acte manqué. — *Ing.*: parapraxis. — *It.*: atto mancato. — *Por.*: ato falho o perturbado.

Acto en el cual no se obtiene el resultado explícitamente perseguido, sino que se encuentra reemplazado por otro. Se habla de actos fallidos no para designar el conjunto de los errores de la palabra, de la memoria y de la acción, sino aludiendo a aquellas conductas que el individuo habitualmente es capaz de realizar con éxito, y cuyo fracaso tiende a atribuir a la falta de atención o al azar. Freud demostró que los actos fallidos son, como los síntomas, formaciones de compromiso* entre la intención consciente del sujeto y lo reprimido.

Acerca de la teoría del acto fallido, remitimos al lector a la *Psicopatología de la vida cotidiana*, de Freud (*Zur Psychopathologie des Alltagslebens*, 1901), de la cual se deduce que el acto llamado fallido es, en otro plano, un acto ejecutado con éxito: el deseo inconsciente se ha realizado en una forma a menudo muy manifiesta.

El término «acto fallido» traduce la palabra alemana *Fehlleistung* que para Freud comprende no solamente acciones *stricto sensu*, sino también toda clase de errores y lapsus de la palabra y del funcionamiento psíquico.

La lengua alemana, mediante el prefijo *ver*, pone en evidencia lo que hay de común en todos estos yerros, como, por ejemplo, *das Vergessen* (olvido), *das Versprechen* (*lapsus linguae*), *das Verlesen* (error de lectura), *das Verschreiben* (error de escritura), *das Vergreifen* (error de la acción), *das Vertieren* (el extrañar).

Obsérvese que, antes de Freud, este conjunto de fenómenos marginales de la vida cotidiana no había sido agrupado ni designado por un mismo concepto; este ha surgido en virtud de la teoría de Freud. Los editores de la *Standard Edition* señalan que, para designar este concepto, ha sido preciso crear en inglés un término: el de *para praxis*. Los traductores al español y al francés de la *Psicopatología de la vida cotidiana* utilizan el término «acto fallido» (*acte manqué*), el cual ha adquirido derecho de ciudadanía, pero, al parecer, en el uso psicoanalítico corriente, designa más bien una parte del campo que abarca el término alemán *Fehlleistung*, a saber, los fallos en la acción *stricto sensu*.

ACTUAR

= *Al.*: Agieren. — *Fr.*: mise en acte. — *Ing.*: acting out. — *It.*: agire. — *Por.*: agir.

Según Freud, hecho en virtud del cual el sujeto, dominado por sus deseos y fantasías inconscientes, los vive en el presente con un sentimiento de actualidad, tanto más vivo cuanto que desconoce su origen y su carácter repetitivo.

Al introducir la expresión «actuar» intentamos únicamente proponer una traducción del término *agieren* o *Agieren*, que se encuentra repetidas veces en Freud como verbo o como sustantivo. *Agieren*, término de origen latino, no es corriente en lengua alemana. Para hablar de acción, de actuar, el alemán utiliza de preferencia palabras como *die Tat, tun, die Wirkung*, etcétera. Freud utiliza *agieren* en sentido transitivo, al igual que el término de idéntica raíz *Abreagieren* (véase: Abreacción): se trata de «llevar a la acción» pulsiones, fantasías, deseos, etcétera.

Agieren se asocia casi siempre a *erinnern* (recordar), oponiéndose ambos términos como dos formas de hacer retornar el pasado en el presente.

Esta oposición se le puso de manifiesto a Freud sobre todo en la cura, de tal forma que lo que Freud designa casi siempre como «actuar» es la repetición en la transferencia: el paciente «[...] por así decirlo, actúa (*agiert*) ante nosotros en lugar de informarnos [...]» (1), pero el «actuar» se extiende más allá de la transferencia propiamente dicha: «Debemos esperar a que el analizado se abandone a la compulsión de repetición, que entonces reemplaza el impulso a recordar, y no solo en sus relaciones personales con el médico, sino también en todas las restan-

tes actividades y relaciones de su vida presente, por ejemplo, efectuando, durante la cura, la elección de un objeto amoroso, encargándose de una tarea, ocupándose en una empresa» (2).

El término *Agieren*, como también el de «actuar», implica un equívoco, que es el del propio pensamiento de Freud: este confunde lo que, en la transferencia, es *actualización* con el hecho de recurrir a la *acción motriz*, el cual no se halla necesariamente implicado por la transferencia (*véase*: Transferencia, *Acting out*). Así pues, resulta difícil comprender cómo pudo Freud, para explicar la repetición en la transferencia, atenerse constantemente al modelo metapsicológico de la motilidad propuesto a partir de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900): «[...] el hecho de la transferencia, al igual que las psicosis, nos enseña que [los deseos inconscientes] aspiran, pasando por el sistema preconscious, a llegar a la conciencia y al control de la motilidad» (3).

AFÁNISIS

= *Al.*: Aphanisis. — *Fr.*: aphanisis. — *Ing.*: aphanisis. — *It.*: afanisi. — *Por.*: afânise.

Palabra introducida por E. Jones: desaparición del deseo sexual. Según este autor, la afánisis sería, en ambos sexos, objeto de un miedo aún más fundamental que el miedo a la castración.

Jones introdujo la palabra griega ἀφάνισις (acto de hacer desaparecer, desaparición) en relación con el problema del complejo de castración (1 *a*). Según él, incluso en el hombre, la abolición de la sexualidad y la castración no son conceptos superponibles (por ejemplo, «[...] muchos hombres desean ser castrados por razones, entre otras, de tipo erótico, de tal forma que su sexualidad no desaparece ciertamente con la pérdida del pene») (1 *b*); si ambos conceptos parecen confundirse, ello es debido a que el miedo a la castración es la forma en que se presenta concretamente (junto con las ideas de muerte) la idea más general de la *afánisis*.

En la mujer, el miedo a la afánisis puede detectarse en el miedo a la separación del objeto amado.

Jones introdujo el concepto de afánisis en el marco de sus investigaciones acerca de la sexualidad femenina. Así como Freud centraba la evolución sexual de la niña, al igual que la del niño, sobre el complejo de castración y la primacía del falo, Jones intenta describir la evolución de la niña en forma más específica, haciendo recaer el acento en una sexualidad que, desde un principio, tiene sus metas y su actividad propias.

El común denominador de la sexualidad de la niña y del niño debería buscarse más acá del complejo de castración, en la afánisis.

AFECTO

= *Al.*: Affekt. — *Ing.*: affect. — *It.*: affetto. — *Por.*: afeto.

Palabra tomada por el psicoanálisis de la terminología psicológica alemana y que designa todo estado afectivo, penoso o agradable, vago o preciso, ya se presente en forma de una descarga masiva, ya como una tonalidad general. Según Freud, toda pulsión se manifiesta en los dos registros del afecto y de la representación. El afecto es la expresión cualitativa de la cantidad de energía pulsional y de sus variaciones.

El concepto de afecto adquiere gran importancia desde los primeros trabajos de Breuer y Freud (*Estudios sobre la histeria* [*Studien über Hysterie*, 1895]) acerca de la psicoterapia de la histeria y el descubrimiento del valor terapéutico de la abreacción. El origen del síntoma histérico se busca en un acontecimiento traumático que no ha encontrado una descarga adecuada (afecto arrinconado).

La rememoración solo resulta terapéuticamente eficaz si el recuerdo del acontecimiento implica la reviviscencia del afecto que estuvo ligado a aquel en su origen.

Del estudio de la histeria se deduce, por consiguiente, según Freud, que el afecto no se halla necesariamente ligado a la representación; su separación (afecto sin representación, representación sin afecto) permite que cada uno de ellos siga un diferente destino. Freud señala distintas posibilidades de transformación del afecto: «Conozco tres mecanismos: 1.º, el de la conversión de los afectos (histeria de conversión); 2.º, el del desplazamiento del afecto (obsesiones), y 3.º, el de la transformación del afecto (neurosis de angustia, melancolía)» (1).

A partir de este período, el concepto de afecto se utiliza desde dos puntos de vista: puede tener un valor puramente descriptivo, designando la resonancia emocional de una experiencia por lo general intensa. Pero, con mayor frecuencia, tal concepto implica una teoría cuantitativa de las catexis, que es la única capaz de explicar la autonomía del afecto en relación con sus diversas manifestaciones.

El problema fue sistemáticamente tratado por Freud en sus trabajos metapsicológicos (*La represión* [*Die Verdrängung*, 1915]; *El inconsciente* [*Das Unbewusste*, 1915]). En ellos, el afecto se define como la traducción subjetiva de la cantidad de energía pulsional. Freud distingue aquí claramente el aspecto subjetivo del afecto y los procesos energéticos que lo condicionan. Se observará que, junto al término «afecto», utiliza el de «quantum de afecto» (*Affektbetrag*), queriendo designar por él el aspecto propiamente económico: el quantum de afecto «[...] corresponde a la pulsión en la medida en que este se ha desprendido de la representación y encuentra una expresión adecuada a su cantidad en procesos que percibimos como afectos» (2 a) (α).

Resulta difícil comprender que la palabra *afecto* tenga sentido sin una referencia a la conciencia de sí mismo; Freud plantea la pregunta: ¿es lícito hablar de

afecto inconsciente? (3 *a*). Rehúsa establecer un paralelismo entre el afecto llamado «inconsciente» (sentimiento de culpa inconsciente, por ejemplo) y las representaciones inconscientes. Entre la representación inconsciente y el sentimiento inconsciente existe una notable diferencia: «La representación inconsciente, una vez reprimida, permanece en el sistema *Ics* como una formación real, mientras que el afecto inconsciente solo corresponde allí a un rudimento que no ha podido llegar a desarrollarse» (3 *b*) (*véase*: Represión, Supresión).

Señalemos, en fin, que Freud formuló una hipótesis genética destinada a explicar el aspecto vívido del afecto. Los afectos serían «reproducciones de acontecimientos antiguos de importancia vital y eventualmente preindividuales», comparables a los «[...] ataques histéricos, universales, típicos e innatos».

(*α*) En otros pasajes, la distinción no se tiene en cuenta, puesto que Freud, a propósito de la histeria de conversión, no habla de una conversión del quantum de afecto que condicionaría la desaparición del afecto subjetivo, sino simplemente de «desaparición total del quantum de afecto» (2 *b*).

AGRESIVIDAD

= *Al.*: Aggression, Aggressivität. — *Fr.*: agressivité. — *Ing.*: aggressivity, aggressiveness. — *It.*: aggressività. — *Por.*: agressividade.

Tendencia o conjunto de tendencias que se actualizan en conductas reales o fantasmáticas, dirigidas a dañar a otro, a destruirlo, a contrariarlo, a humillarlo, etcétera. La agresión puede adoptar modalidades distintas de la acción motriz violenta y destructiva; no hay conducta, tanto negativa (rechazo de ayuda, por ejemplo) como positiva, tanto simbólica (por ejemplo, ironía) como efectivamente realizada, que no pueda funcionar como agresión. El psicoanálisis ha concedido una importancia cada vez mayor a la agresividad, señalando que actúa precozmente en el desarrollo del sujeto y subrayando el complejo juego de su unión y desunión con la sexualidad. Esta evolución de las ideas ha culminado en el intento de buscar para la agresividad un sustrato pulsional único y fundamental en el concepto de pulsión de muerte.

Es corriente la opinión de que Freud reconoció con lentitud la importancia de la agresividad. No fue él mismo quien autorizó tal creencia: «¿Por qué —pregunta— hemos necesitado tanto tiempo para decidimos a reconocer la existencia de una pulsión agresiva? ¿Por qué dudábamos en utilizar, para la teoría, hechos que resultaban evidentes y familiares a todo individuo?» (1 *a*). De hecho, las dos preguntas planteadas por Freud deben considerarse por separado, puesto que, si bien es perfectamente cierto que la hipótesis de una «pulsión agresiva» autónoma, emitida por Adler en 1908, fue durante mucho tiempo rechazada por Freud, sería, por el contrario, inexacto afirmar que la teoría psicoanalítica, antes de la «vuelta de 1920», rehusara considerar las conductas agresivas.

Fácilmente se puede demostrar esto a varios niveles. En primer lugar, en la cura, en la que Freud constata muy pronto la resistencia con su matiz agresivo: «[...] el paciente, hasta entonces tan bueno y tan leal, se vuelve grosero, falso o rebelde, simulador, hasta el momento en que yo se lo digo y logro así doblegar su carácter» (2). Es más, Freud, a partir del *Caso Dora* (*Fragmento de un análisis de histeria* [*Bruchstück einer Hysterie-Analyse*, 1905]), considera la intervención de la agresividad como un rasgo particular del tratamiento psicoanalítico: «[...] el enfermo, en el curso de otros tratamientos, evoca solo transferencias afectuosas y amicales en favor de su curación [...]. Por el contrario, en el psicoanálisis [...] es preciso develar y utilizar para el análisis, volviéndolas conscientes, todas las nociones, incluidas las hostiles» (3). Al principio, la transferencia se le presentó a Freud como resistencia; esta es en gran parte debida a lo que él llamará transferencia negativa (*véase*: Transferencia).

La clínica le impone la idea de que las tendencias hostiles son de singular importancia en determinadas afecciones (neurosis obsesiva, paranoia). El concepto *ambivalencia** connota la coexistencia, en un mismo plano, de amor y odio, si no al nivel metapsicológico más fundamental, por lo menos en la experiencia. Mencionemos además el análisis que efectúa Freud del chiste, según el cual este, «[...] cuando no tiene un fin en sí mismo, como es el caso del chiste inocente, solo puede estar al servicio de dos tendencias [...]; o bien se trata de un *chiste hostil* (al servicio de la agresión, la sátira, la defensa), o bien de un *chiste obsceno* [...]

(4). A este respecto Freud habla en varias ocasiones de «pulsión hostil», «tendencia hostil». Finalmente, el complejo de Edipo fue descubierto en un principio como una conjunción de deseos amorosos y hostiles (siendo presentado por vez primera en *La interpretación de los sueños* [*Die Traumdeutung*, 1900] bajo el título «Sueños de muerte de personas queridas»); su elaboración progresiva condujo a hacer intervenir cada vez más estos dos tipos de deseo en las diferentes constelaciones posibles.

La variedad, extensión e importancia de estos fenómenos reclamaban una explicación a nivel de la primera teoría de las pulsiones. Esquemáticamente puede decirse que la respuesta de Freud se escalona en varios planos:

1.º Si rehúsa hipostasiar, tras estas tendencias y conductas agresivas, de una pulsión específica, es porque le parece que una tal concepción conduciría a atribuir a una sola pulsión lo que, según él, caracteriza esencialmente a la pulsión, es decir, el ser un empuje del cual no se puede huir, que exige del aparato psíquico un cierto trabajo y que pone en movimiento la motilidad. En este sentido, para realizar sus fines, incluso aunque estos sean «pasivos» (ser amado, ser visto, etcétera), la pulsión exige una actividad que puede tener que vencer obstáculos: «toda pulsión es un fragmento de actividad» (5 a).

2.º Ya es sabido que, en la primera teoría de las pulsiones, se oponían a las pulsiones sexuales las pulsiones de autoconservación. De un modo general la fun-

ción de estas últimas es el mantenimiento y la afirmación de la existencia individual. Dentro de este marco teórico se intenta explicar, mediante un complicado interjuego de estos dos grandes tipos de pulsiones, las conductas o los sentimientos tan manifiestamente agresivos como el sadismo o el odio. La lectura de *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebchicksale*, 1915) pone de manifiesto que Freud ya disponía de una teoría metapsicológica de la agresividad. La transformación aparente del amor en odio no es más que una ilusión; el odio no es un amor negativo; tiene su propio origen, cuya complejidad señala Freud, siendo su tesis central que «los verdaderos prototipos de la relación de odio no provienen de la vida sexual, sino de la lucha del yo por su conservación y su afirmación» (5 b).

3.º Finalmente, en la esfera de las pulsiones de autoconservación, Freud especifica, ya como una función, ya incluso como una pulsión independiente, la actividad de asegurar su dominio sobre el objeto (*Bemächtigungstrieb*) (véase: Pulsión de apoderamiento). Con este concepto, parece querer significar una especie de campo intermedio entre la simple *actividad* inherente a toda función y una tendencia a la destrucción por la destrucción. La pulsión de apoderamiento constituye una pulsión independiente, ligada a un aparato especial (la musculatura) y a una fase precisa de la evolución (fase sádico-anal). Pero, por otra parte, «[...] dañar el objeto o aniquilarlo le es indiferente» (5 c), por cuanto la consideración del otro y de su sufrimiento solo aparecen en la vuelta masoquista, tiempo en el cual la pulsión de apoderamiento se vuelve indiscernible de la excitación sexual que provoca (véase: Sadismo-masoquismo).

Con la última teoría de las pulsiones, la agresividad pasa a desempeñar un papel más importante y a ocupar un lugar distinto en la teoría.

La teoría explícita de Freud referente a la agresividad puede resumirse como sigue: «Una parte [de la pulsión de muerte] se pone directamente al servicio de la pulsión sexual, donde su función es importante. Hallamos aquí el sadismo propiamente dicho. Otra parte no acompaña esta desviación hacia el exterior, sino que permanece en el organismo, donde queda ligada libidinalmente con la ayuda de la excitación sexual que la acompaña [...]; aquí reconocemos el masoquismo originario, erógeno» (6).

El término «pulsión agresiva»* (*Aggressionstrieb*) lo reserva Freud casi siempre para designar la parte de la pulsión de muerte dirigida hacia el exterior con la ayuda especial de la musculatura. Se observará que esta pulsión agresiva, y quizá también la tendencia a la autodestrucción, solamente puede ser captado, según Freud, en su unión con la sexualidad (véase: Unión-desunión).

El dualismo pulsiones de vida-pulsiones de muerte es asimilado a menudo por los psicoanalistas al de sexualidad y agresividad, y el propio Freud se manifestó en ocasiones en este sentido (1 b). Pero tal asimilación precisa varias observaciones:

1.^a Los hechos invocados por Freud en *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920) para justificar la introducción del concepto de

pulsión de muerte, constituyen fenómenos en los cuales se afirma la compulsión a la repetición*, y esta no se halla en relación electiva con conductas agresivas.

2.^a Si, en el campo de la agresividad, algunos fenómenos adquieren cada vez mayor importancia para Freud, son precisamente todos aquellos que indican una autoagresión: clínica del duelo y de la melancolía, «sentimiento de culpabilidad inconsciente», «reacción terapéutica negativa», etcétera, fenómenos que le conducen a hablar de las «misteriosas tendencias masoquistas del yo» (7).

3.^a Desde el punto de vista de los conceptos que aquí intervienen, las pulsiones de vida o Eros distan de ser simplemente un nuevo nombre para designar lo que antes se denominaba sexualidad. En efecto, con el término «Eros»* Freud designa el conjunto de pulsiones que crean o conservan unidades, de forma que en ellas se incluyen no solo las pulsiones sexuales, en tanto que tienden a conservar la especie, sino también las pulsiones de autoconservación, dirigidas a conservar y a afirmar la existencia individual.

4.^a Al mismo tiempo, el concepto de pulsión de muerte no es simplemente un concepto genérico que abarque sin distinción todo lo que con anterioridad se describía como manifestaciones agresivas y solamente esto. En efecto, parte de lo que podría llamarse lucha por la vida pertenece ciertamente al Eros; y a la inversa, la pulsión de muerte recoge a su vez, y con certeza de un modo más definido, lo que Freud había reconocido, en la sexualidad humana, como específico del deseo inconsciente: su irreductibilidad, su insistencia, su carácter arreal y, desde el punto de vista económico, su tendencia a la reducción absoluta de las tensiones.

Cabe preguntarse en qué aspectos se modifica el concepto de agresividad a partir de 1920. Podría responderse que:

1.º Se amplía el campo de fenómenos en los que se reconoce la intervención de la agresividad. Por una parte, la concepción de una pulsión destructiva susceptible de desviarse hacia fuera o de retornar hacia dentro, conduce a hacer de los avatares del sadomasoquismo una realidad sumamente compleja, capaz de explicar numerosas modalidades de la vida psíquica. Por otra parte, la agresividad no se aplica tan solo a las relaciones objetales o consigo mismo, sino también a las relaciones entre las diferentes instancias psíquicas (conflicto entre el superyó y el yo).

2.º Al localizar la pulsión de muerte, en su origen, en la propia persona y al hacer de la autoagresión el principio mismo de la agresividad, Freud destruye la noción de agresividad clásicamente descrita como un modo de relación con otro, como una violencia ejercida sobre otro. Aquí quizá convendría oponer a ciertas declaraciones de Freud sobre la malignidad natural del hombre (8) la originalidad de su propia teoría.

3.º Finalmente, ¿permite la última teoría de las pulsiones definir mejor la agresividad en relación con el concepto de actividad? Como ha hecho observar Daniel Lagache, «a primera vista, la actividad aparece como un concepto mucho

más amplio que el de agresividad; todos los procesos biológicos o psicológicos constituyen formas de actividad. Por consiguiente, la agresividad, en principio, no significaría otra cosa que ciertas formas de actividad» (9). Ahora bien, en la medida en que Freud tiende a situar en el lado del Eros todo lo perteneciente a los comportamientos vitales, invita a preguntarse qué es lo que define el comportamiento agresivo; un elemento de respuesta puede proporcionarlo el concepto *unión-desunión*. Este significa no solo la existencia de *uniones* pulsionales en diversas proporciones, sino que comporta, además, la idea de que la *desunión* es, en el fondo, el triunfo de la pulsión de destrucción, en cuanto este se dirige a destruir los conjuntos que, a la inversa, el Eros tiende a crear y a mantener. Desde este punto de vista, la agresividad sería una fuerza radicalmente desorganizadora y fragmentadora. Estas características han sido asimismo subrayadas por los autores que, como Melanie Klein, insisten en el papel predominante desempeñado por las pulsiones agresivas desde la primera infancia.

Como puede verse, tal concepción está en relación directa con la evolución que ha experimentado en psicología el sentido de los términos creados con la raíz de agresión. Especialmente en el idioma inglés, English y English, en su *Diccionario general de términos psicológicos y psicoanalíticos*, hacen observar que el sentido de la palabra *aggresiveness* se ha ido debilitando cada vez más, hasta perder toda connotación de hostilidad y convertirse en sinónimo de «espíritu emprendedor», «energía», «actividad»; en cambio la palabra *aggresivity* habría experimentado una menor modificación de sentido, pudiendo inscribirse mejor en la serie «*aggression*», «*to aggress*» (α).

(α) Desde un punto de vista terminológico, señalemos que, en el idioma de Freud, encontramos una sola palabra (*Aggression*) para designar tanto las agresiones como la agresividad.

AISLAMIENTO

= *Al.*: Isolieren o Isolierung. — *Fr.*: isolation. — *Ing.*: isolation. — *It.*: isolamento. — *Por.*: aislamiento.

Mecanismo de defensa, típico sobre todo de la neurosis obsesiva, y que consiste en aislar un pensamiento o un comportamiento de tal forma que se rompan sus conexiones con otros pensamientos o con el resto de la existencia del sujeto. Entre los procedimientos de aislamiento, podemos citar las pausas en el curso del pensamiento, fórmulas, rituales y, de un modo general, todas las medidas que permiten establecer un hiato en la *sucesión temporal* de pensamientos o de actos.

El texto más explícito de Freud sobre el aislamiento se encuentra en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926) (1 a), donde se describe como una técnica especial de la neurosis obsesiva.

Algunos pacientes se defienden contra una idea, una impresión, una acción, aislándolas del contexto por una pausa durante la cual «[...] ya nada tiene derecho a producirse, nada se percibe, ninguna acción se realiza» (1 *b*). Esta técnica activa, «motriz», la califica Freud de mágica; la relaciona con el procedimiento normal de concentración en el sujeto que se esfuerza en impedir que su pensamiento se desvíe de su objeto actual.

El aislamiento se manifiesta en diversos síntomas obsesivos; se ve actuar especialmente en la cura, donde se pone en evidencia por la consigna de la libre asociación, que se opone a aquel (sujetos que separan radicalmente su análisis de su vida, una determinada sucesión de ideas del conjunto de la sesión, cierta representación de su contexto ideo-afectivo).

En último análisis, Freud refiere la tendencia al aislamiento a un modo arcaico de defensa contra la pulsión: la prohibición de tocar, «[...] siendo el contacto corporal la *meta* inmediata de la catexis de objeto, tanto agresiva como amorosa» (1 *c*).

Bajo esta perspectiva, el aislamiento aparece como «[...] una eliminación de la posibilidad de contacto, un medio de sustraer una cosa al tacto; de igual modo cuando el neurótico aísla una impresión o una actividad por medio de una pausa, nos da a entender simbólicamente que no permitirá que los pensamientos relativos a ellas entren en contacto asociativo con otros pensamientos» (1 *d*).

Conviene hacer observar que, en este pasaje de *Inhibición, síntoma y angustia*, el aislamiento no se reduce a un tipo determinado de síntomas, sino que adquiere un alcance más general. Se establece su paralelismo con la represión en el histórico: si la experiencia traumática no ha sido reprimida en el inconsciente, ha sido «[...] privada de su afecto, y sus relaciones asociativas se han reprimido [*unterdrückt*] o roto, de forma que persiste como si estuviera aislada y no es reproducida en el curso de la actividad de pensamiento» (1 *a*). Los procedimientos de aislamiento que se observan en los síntomas de la neurosis obsesiva no hacen más que repetir y reforzar esta especie de escisión previa.

Tomado en este sentido amplio, el concepto de aislamiento está presente en el pensamiento de Freud desde sus primeras reflexiones acerca de la actividad defensiva en general. Así, en *Las psiconeurosis de defensa (Die Abwehr-Neuropsychosen, 1894)*, la defensa, tanto en la histeria como en el grupo de las fobias y obsesiones, se concibe como un aislamiento: «[...] la defensa se produce por separación de la representación intolerable y de su afecto; la representación, aunque debilitada y aislada, permanece en la conciencia» (2).

El término «aislamiento» se utiliza a veces en el lenguaje psicoanalítico de una forma algo imprecisa, que exige algunas reservas.

A menudo se confunde el aislamiento con procesos que se combinan con él o de los cuales puede ser el resultado; como el desplazamiento, la neutralización del afecto e incluso la disociación psicótica.

También se habla en ocasiones de aislamiento del síntoma en el caso de

sujetos que experimentan y presentan sus síntomas como fuera de todo contexto y ajenos a sí mismos. Se trata aquí de un modo de ser que no implica necesariamente que el proceso subyacente sea el mecanismo obsesivo de aislamiento. Por último, se observará que una característica muy general del síntoma es la de localizar el conflicto; en consecuencia, todo síntoma puede aparecer como aislado en relación con el conjunto de la existencia del sujeto.

De hecho, creemos que sería interesante reservar el término «aislamiento» para designar un proceso específico de defensa que se extiende desde la compulsión hasta una actitud sistemática y concertada, consistente en una ruptura de las conexiones asociativas de un pensamiento o de un acto, en especial con los que le preceden y le siguen en el tiempo.

ALOEROTISMO

= *Al.*: Alloerotismus, — *Fr.*: allo-érotisme. — *Ing.*: allo-erotism. — *It.*: allo-erotismo. — *Por.*: alo-erotismo.

Término utilizado algunas veces, en oposición a autoerotismo: actividad sexual que encuentra su satisfacción gracias a un objeto exterior.

Cuando Freud emplea por primera vez, en 1899, la palabra «autoerotismo» (*véase este término*), la contrapone a la de aloerotismo, que a su vez se subdivide en homoerotismo (satisfacción hallada gracias a un objeto del mismo sexo: homosexualidad) y heteroerotismo (satisfacción hallada gracias a un objeto del otro sexo: heterosexualidad) (1). Esta palabra, poco utilizada, ha sido recogida especialmente por E. Jones.

ALTERACIÓN DEL YO

= *Al.*: Ichveränderung. — *Fr.*: altération du moi. — *Ing.*: alteration of the ego. — *It.*: modificazzone dell'io. — *Por.*: alteração do ego.

Conjunto de limitaciones y actitudes anacrónicas adquiridas por el yo durante las etapas del conflicto defensivo, y que repercuten desfavorablemente sobre sus posibilidades de adaptación.

El término «alteración del yo» se encuentra al principio y al final de la obra de Freud, en dos contextos bastante distintos.

En las *Nuevas observaciones sobre las psiconeurosis de defensa* (*Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychoosen*, 1896), Freud, a propósito de la paranoia, distingue del delirio como retorno de lo reprimido, un delirio secundario, el delirio de interpretación, llamado también delirio «combinatorio» y delirio «de asimilación». Este sería el signo de una adaptación del yo a la idea delirante: el paranoico

terminaría convirtiéndose en un ser falso, en su intento de atenuar las contradicciones entre la idea delirante primaria y el funcionamiento lógico del pensamiento.

En *Análisis terminable e interminable* (*Die endliche und die unendliche Analyse*, 1937) Freud trata, en forma relativamente sistemática, de «[...] lo que de un modo tan impreciso se designa con el término “alteración del yo”» (1 *a*). Continuando en cierto modo la obra, a la sazón recién publicada, de Anna Freud sobre los mecanismos de defensa (1936), muestra cómo estos, originariamente constituidos para hacer frente a peligros internos determinados, pueden terminar por «fijarse en el yo», constituir «[...] pautas reaccionales regulares del carácter» que el individuo va repitiendo a lo largo de toda su vida, utilizándolas como instituciones anacrónicas cuando ya la primera amenaza ha desaparecido (1 *b*). El arraigo de tales hábitos defensivos conduce a «distorsiones» (*Verrenkungen*) y «limitaciones» (*Einschränkungen*). Se ponen de manifiesto especialmente durante la labor terapéutica, durante la cual una verdadera resistencia se opone a que sean desveladas las resistencias mismas.

La alteración del yo debería relacionarse más bien con un dispositivo de comportamiento que, como ha mostrado la escuela etológica basándose en los comportamientos instintivos, puede funcionar «en vacío», es decir, crear artificialmente situaciones motivantes: el yo «[...] se ve impulsado a buscar en la realidad las situaciones capaces de reemplazar aproximadamente el peligro originario» (1 *c*). Lo que Freud considera aquí es algo distinto de la repercusión directa del conflicto defensivo sobre el yo (el síntoma mismo puede considerarse como una modificación del yo, un cuerpo extraño dentro de este; así, la formación reactiva modifica también el yo).

Estos dos textos, en los que Freud habla de las alteraciones del yo, tienen varios puntos comunes. En ambos casos la alteración del yo se concibe como secundaria, a distancia del conflicto y de lo que lleva la marca del inconsciente. En este sentido, ofrecería una especial dificultad para la curación, por cuanto el esclarecimiento del conflicto tendría escaso efecto sobre las modificaciones inscritas en el yo en forma irreversible, hasta el punto de que se han llegado a comparar a los «trastornos lesionales del organismo» (2). Por otra parte, la alusión a la psicosis, que ocupa un lugar central en el primer trabajo, se halla también presente en el segundo: el yo de todo ser humano «[...] se asemeja al del psicótico en alguna de sus partes, en mayor o menor proporción» (1 *d*).

AMBIVALENCIA

= *Al.*: Ambivalenz. — *Fr.*: ambivalence. — *Ing.*: ambivalence. — *It.*: ambivalenza. — *Por.*: ambivalência.

Presencia simultánea, en la relación con un mismo objeto, de tendencias, actitudes y sentimientos opuestos, especialmente amor y odio.

La palabra «ambivalencia» fue tomada por Freud de Bleuler, que fue quien la creó (1). Bleuler consideró la ambivalencia en tres terrenos. Volitivo (*Ambitendenz*): por ejemplo, el individuo quiere al mismo tiempo comer y no comer. Intelectual: el individuo enuncia simultáneamente una proposición y su contraria. Afectivo: ama y odia en un mismo movimiento a la misma persona.

Bleuler considera la ambivalencia como uno de los síntomas cardinales de la esquizofrenia (2), pero reconoce la existencia de una ambivalencia normal.

La originalidad del concepto de ambivalencia, en relación con lo descrito hasta entonces como complejidad de sentimientos o fluctuaciones de actitudes, estriba, por una parte, en el mantenimiento de una oposición del tipo sí-no, en que la afirmación y la negación son simultáneas e inseparables, y, por otra, en el hecho de que esta oposición fundamental puede encontrarse en distintos sectores de la vida psíquica. Bleuler termina por privilegiar la ambivalencia afectiva, y en este sentido se orienta el empleo freudiano del término.

Esta palabra aparece por primera vez en Freud en *La dinámica de la transferencia* (*Zur Dynamik der Übertragung*, 1912), para explicar el fenómeno de la transferencia negativa: «[...] se la descubre a menudo juntamente con la transferencia positiva, al mismo tiempo y teniendo por objeto una sola y misma persona [...] es la ambivalencia de las tendencias afectivas [*Gefühlsrichtungen*] la que nos permite comprender mejor la aptitud de los neuróticos para poner su transferencia al servicio de la resistencia» (3). Pero ya antes se encuentra la idea de una conjunción del amor y el odio, por ejemplo, en el análisis del *Pequeño Harca* (4) y de *Un caso de neurosis obsesiva*: «Una batalla se libraba, en el interior de nuestro enamorado, entre el amor y el odio dirigidos hacia la misma persona» (5).

En *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale*, 1915), Freud habla de ambivalencia refiriéndose al par antitético actividad-pasividad*: «[...] la moción pulsional activa coexiste con la moción pulsional pasiva» (6). Esta utilización tan amplia del término «ambivalencia» es rara. En este mismo texto, donde se aprecia con más nitidez la ambivalencia es en la oposición «material» amor-odio, que se dirige a un mismo y único objeto.

La ambivalencia se descubre, sobre todo, en determinadas enfermedades (psicosis, neurosis obsesiva), así como en ciertos estados (celos, duelo); y caracteriza algunas fases de la evolución de la libido, en las que coexisten amor y destrucción del objeto (fases sádico-oral y sádico-anal).

En este sentido, la ambivalencia se convierte para Abraham en una categoría genética, que permite definir la relación de objeto propia de cada fase. La fase oral primaria se califica de preambivalente: «[La succión] es ciertamente una incorporación, pero que no pone fin a la existencia del objeto» (7). Para este autor, la ambivalencia solo aparece con la oralidad sádica, canibalística*, que implica una hostilidad hacia el objeto; luego el individuo aprende a manejar su objeto, a preservarlo de la destrucción. Finalmente, la ambivalencia puede superarse en la fase genital (posambivalente). En las obras de Melanie Klein, que

guardan una relación de filiación con las de Abraham, la noción de ambivalencia es esencial. Para ella, la pulsión es desde un principio ambivalente: «el amor» por el objeto no puede separarse de su destrucción; la ambivalencia se convierte entonces en una cualidad del propio objeto, contra la cual lucha el sujeto escindiéndolo en objeto* «bueno» y «malo»: sería intolerable un objeto ambivalente, que fuera a la vez idealmente bienhechor y profundamente destructor.

Con frecuencia la palabra *ambivalencia* se utiliza en psicoanálisis con una acepción muy amplia. En efecto, puede emplearse para designar los actos y sentimientos que resultan de un conflicto defensivo en el que intervienen motivaciones incompatibles; dado que lo que resulta placentero para un sistema es displacentero para otro, podría calificarse de ambivalente toda «formación de compromiso». Pero entonces existe el peligro de que el término «ambivalencia» sirva, de un modo vago, para designar toda clase de actitudes conflictivas. Para que conserve el valor descriptivo, o incluso sintomatológico, que originalmente tenía, convendría utilizarla en el análisis de conflictos específicos, en los que el componente positivo y el componente negativo de la actitud afectiva se hallen simultáneamente presentes, sean indisolubles, y constituyan una oposición no dialéctica, insuperable para el sujeto que dice a la vez sí y no.

¿Haría falta, para explicar la ambivalencia en último análisis, postular, como admite la teoría freudiana de las pulsiones, la existencia de un dualismo fundamental? Es así como la ambivalencia del amor y del odio se explicaría por su evolución específica: el odio originándose en las pulsiones de autoconservación («su prototipo se encuentra en las luchas del yo para mantenerse y afirmarse» [6 *b*]); el amor originándose en las pulsiones sexuales. La oposición entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte en la segunda concepción de Freud situaría aún más claramente las raíces de la ambivalencia en un dualismo pulsional (*véase*: Unión-desunión).

Se observará que Freud, al fin de su obra, tiende a conceder a la ambivalencia una importancia creciente en la clínica y la teoría del conflicto. El conflicto edípico, en sus raíces pulsionales, se concibe como un conflicto de ambivalencia (*Ambivalenz Konflikt*), siendo una de sus principales dimensiones la oposición entre «[...] un amor bien fundado y un odio no menos justificado, dirigidos ambos hacia la misma persona» (8). Desde este punto de vista, la formación de los síntomas neuróticos se concibe como el intento de aportar una solución a tal conflicto: así, la fobia desplaza uno de los componentes, el odio, hacia un objeto sustitutivo; la neurosis obsesiva intenta reprimir la moción hostil reforzando la moción libidinal bajo la forma de una formación reactiva*. Esta diferencia de enfoque que en la concepción freudiana del conflicto es interesante en cuanto sitúa las raíces del conflicto defensivo en la dinámica pulsional, y también porque induce a buscar, tras el conflicto defensivo (en la medida en que este pone en juego las instancias del aparato psíquico), las contradicciones inherentes a la vida pulsional.